

Notas para la comprensión de la predisposición psicótica en la pubertad y adolescencia^{1, 2}

*Asbed Aryan
Delia Torres de Aryan*

“La potencialidad psicótica depende de un conjunto de factores externos: no previsible que depende de los diferentes encuentros que la realidad le proveerá (siempre azarosos).”

Piera Aulagnier

INTRODUCCION

El psicoanálisis ha reconocido ya sus límites en las transformaciones de la vida pulsional y sus expresiones en la vida familiar y comunitaria. También ha demostrado hasta qué punto puede multiplicar los recursos que cada sujeto tiene para transformar su devenir. La indagación de los alcances y flexibilidad de tales límites es la finalidad de nuestro trabajo.

En presencia de psicosis, si bien la teoría psicoanalítica es una herramienta privilegiada para comprender la dinámica de estos cuadros, el método psicoanalítico resulta inoperante como terapéutica única en aquellos pacientes psicóticos donde la estructura psicótica está ya sellada, tenga sintomatología productiva o no. Una vez establecida la desorganización del pensamiento, en donde la ideación,

¹ Este trabajo es una reformulación de una participación de Asbed Aryan en el Panel de las Jornadas de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), el 30 de Septiembre de 2005.

² Agradecemos la minuciosa lectura crítica posterior a la primera versión que hizo Berta M. de Sola.

el sentimiento y la motricidad han perdido su armonía formulable y expresable en lenguaje articulado, las manifestaciones clínicas son irreductibles e irreversibles ante el intento psicoanalítico. Esta afirmación, sin embargo no niega los beneficios compensatorios que estos pacientes psicóticos pueden recibir para llevar a cabo su vida cotidiana, a veces bastante adaptada, si están en contacto con un terapeuta que con comprensión analítica de su padecer favorezca distintas formas de restitución, una restitución que les permita desarrollos mediante los cuales puedan pasar de obvios delirios a “construcciones de certezas”. Construcciones que concuerdan con un saber institucionalizado por la cultura y ofrecen al sujeto compensación y equilibrio en su cotidianidad en la medida que lo liberan de la angustia y culpa, siempre que no se le exija dar cuenta de sí mismo, ya que estas “construcciones de certezas” no remiten a ninguna verdad subjetiva conjetural, es decir historizable.

Es observación de larga data que la esquizofrenia y a veces los cuadros bipolares como se denomina en la actualidad a la enfermedad maníaco-depresiva, comienzan en la adolescencia. Tampoco es infrecuente observar intentos de suicidio o suicidios llevados a cabo. En ocasiones se presentan actuaciones bizarras preocupantes que sin embargo se transforman y se estabilizan posteriormente en una neurosis común. Todas son situaciones clínicas que aluden a “lo psicótico”, pero son de evolución bien diferente. Una de las razones es que en la adolescencia, que es la segunda y tal vez última oportunidad en que se dan los grandes clivajes constitutivos, se ponen nuevamente en juego los pilares fundamentales de la vida psíquica —y el riesgo de que fallen— se mueven aquellos clivajes estables que permitieron la entrada en la latencia. Obviamente no siempre sucede que catectizaciones e identificaciones que permitieron iniciar la latencia, al ser resignificadas después del trabajo de este momento, se aprehenden, metabolizan e incorporan a la subjetivación definitiva como experiencias nuevas.

Pensamos que es de suma utilidad rastrear minuciosamente los pormenores de la experiencia puberal, ya que allí se dan habitualmente momentos sensibles y vulnerables de defusión pulsional (Eros y Tánatos), relativa inoperancia yoica y sobreexigencia cruel del Ideal que se ponen de manifiesto en una disfuncionalidad de la percepción del propio cuerpo, percepción que está en revisión y a la espera de ser resignificada. La turbulencia psico-bio-sociológica que estas modificaciones temporarias ocasionan, hace que tanto el contexto familiar

y/o extra-familiar, de adultos y/o pares, como el contacto físico y/o emocional estén conmovidos y desajustados, lo que lleva a que todo intercambio en los vínculos pueda ser abruptamente interrumpido, verbigracia el terapéutico.

El joven al no poder resignificar y coherentizar su imagen corporal cambiante y desestabilizada, hace interpretaciones contradictorias sobre lo que le acontece, y defensivamente trata de ocultar al otro lo que le sucede, en un intento de disminuir y controlar la angustia, lo que lo aleja de sí mismo y genera malentendidos en su entorno. El analista debe inferir esta ocultación que el púber hace del desconcierto que le genera su cuerpo, observando en especial la disimetría de sus movimientos, sus desplazamientos, sus gestos, el atuendo que elige, los *piercing* y tatuajes que son como una vía regia para la comprensión de lo que se despliega en sesión y así podrá crear un espacio para el intercambio, porque en todos estos elementos está su subjetividad. En este estado puberal el joven no presenta las condiciones necesarias para el diálogo analítico tal como fue descrito clásicamente, insistir en mantenerlo es iatrogénico y en el mejor de los casos, provocará la interrupción, como ya había observado D. Liberman (1970). Desde nuestra perspectiva, diremos que es frecuente que estos jóvenes, que están incapacitados para dar cuenta de sí mismos, plagados de malentendidos,³ difícilmente abordables psicoanalíticamente, hayan tenido perturbaciones tempranas que conspiran contra la necesidad de adquirir nuevas formas de comprensión. Se han visto sobreexigidos a dar respuesta a sobrecargas de tensión, contradictorias o difíciles de categorizar y han fracasado una y otra vez en sentirse valiosos y aceptados por el otro. Piera Aulagnier (1977) grafica con claridad esta situación cuando postula su pictograma de rechazo que entorpecerá la fantasmaticación.

En la experiencia puberal, la necesidad de adquirir nuevos soportes identificatorios corporales y discursivos se impone con particular premura e intensidad. El sujeto se manifiesta sumamente vulnerable en su autoestima al ver que no logra dar respuestas rápidas. Este fracaso reiterado incrementa sus ansiedades paranoides que paradójicamente lo hace parecer y también sentirse el “más inteligente”. Pretende dar respuestas rápidas (acción y reacción) para contrarrestar la humillación, la desconfianza y el perdido recurso de depender

³ Liberman (1970) al usar la teoría de la semiótica de Morris, los denominaba pacientes con distorsión pragmática.

de la figura materna. La destreza muscular facilita una precoz socialización huyendo hacia vínculos con pares.

Al mismo tiempo, se presentan significaciones e interpretaciones imbricadas, sumamente complicadas y abigarradas, regidas por una ética privada que el púber hace de lo que él y el analista expresan.⁴ En estas circunstancias los malentendidos se multiplican. Podremos allí pesquisar la tendencia a la consolidación de la estructuración psicótica, la potencialidad psicótica al decir de P. Aulagnier (1986).

* * *

P. Aulagnier (1977) y Laplanche (1989) consideran que la vertiente corporal de la pulsión es esencial para la constitución del psiquismo temprano. Para Aulagnier *el inconsciente está estructurado con fantasmas*, es decir, una puesta en escena del sujeto, del objeto y el deseo desplegado en un argumento, que es un primer nivel de causalidad al interrogante que genera la ausencia del otro primordial. Estas escenas, sus objetos, sus argumentos, están en función de la historia personal del sujeto ligada a las modificaciones corporales, impregnadas de placer o de rechazo, cuya causa es desconocida para el sujeto. Allí reposa el uso personal e idiosincrásico que tendrán las palabras. Las significaciones básicas del sujeto derivan de la articulación entre la sensorialidad de las experiencias tempranas con lo lingüístico de la representación de palabra, que en última instancia, coincidirán con códigos socialmente compartidos, que se manejan en un proceso secundario. Es decir, el inconsciente está estructurado como un lenguaje en donde la sonoridad de las palabras está indisolublemente unida al efecto de placer inscripto en el cuerpo, como modificación libidinal. Por un lado las experiencias corporales son puestas en palabras, pero la experiencia corporal es incommensurable con las palabras, que son de distinto orden, no obstante las palabras son parte de la experiencia corporal.

Laplanche (1989) por su parte, que comparte un modelo de inconsciente muy semejante al de P. Aulagnier, y subrayando lo señalado por Freud, sostiene que lo biológico se hará presente como origen y como prototipo en la constitución de la vida psíquica. Como *origen* porque la modificación corporal y su vivenciar perceptivo son esenciales para el vivenciar del afecto.

⁴ Idem, pacientes con distorsiones semánticas.

Como *prototipo* porque hay una primera realización concreta de la experiencia de un cuerpo dentro de otro cuerpo, el pecho dentro de la boca que será la primera realización concreta de lo que funcionará más tarde como modelo abstracto de la escena primaria. Laplanche considera que el lenguaje verbal desempeña un papel esencial bajo la forma de representaciones de palabra, pero no están en la raíz ni en el origen del inconsciente. El lenguaje verbal, es secundario en todo sentido.

Por nuestra parte, acorde a la experiencia clínica, hemos observado que durante la eclosión de la experiencia puberal, las angustias vinculadas a las experiencias sensoriales y a los cambios de la fantasmática del cuerpo resultan traumáticas y desorganizantes (A. Aryan, 2005). En estas representaciones se juega la forma y armonía físicas, así como su funcionalidad (A. Aryan, 1985) son las que inauguran de una manera irrefutable todo lo novedoso y desconocido que acontece, exigiendo una resignificación.

Inspirados en David Liberman (1970) hemos tomado algunas de sus conceptualizaciones para sustentar diagnósticos diferenciales entre *la psicosis*, donde predomina la desorganización del lenguaje articulado, *las organoneurosis*⁵ que denotan el fracaso de la fantasmaticización del cuerpo en algún sector, pero no una desorganización simbólica y *las traumatofiliás* donde está distorsionado el sentido (valores e ideales) que el ideal del Yo le da a la realidad, aunque el Yo conserve la concordancia con el discurso del conjunto. Desde nuestra perspectiva, aparte de hacer estas diferenciaciones diagnósticas, esta manera de enfocar la clínica,⁶ junto con conceptua-

⁵ Liberman denomina de esta manera a las hipocondrías porque quiere destacar que los delirios persecutorios se refieren a enfermedades de órganos vitales inervados por el neurovegetativo y no del músculo estriado como en la histeria de conversión.

⁶ Para el estudio detallado de las tres distorsiones de la semiótica remitimos al lector a la obra de Liberman. Expondremos aquí nociones básicas. En los pacientes que padecen de distorsiones sintácticas está conservado el lenguaje articulado pero construyen frases con detrimento del ritmo, la intensidad, la modulación y prescinden del criterio de significación. En cambio, cuando la emoción invade, altera el sistema de valores e ideales provocando distorsiones semánticas; aquí se observa que los diversos elementos que componen la masa fónica (elementos verbales y paraverbales) del habla adquieren primacía sobre el lenguaje articulado: chasquidos, suspiros, expresiones onomatopéyicas que pretenden expresar más significación que el lenguaje articulado. Por último, están las distorsiones pragmáticas que surgen porque el sujeto va modificando sus expresiones a medida que se va escuchando y viendo qué efecto produce sobre el oyente, de modo que nunca logra hablar de sí mismo.

lizaciones de la teoría vincular, posibilita una semiología minuciosa orientadora del pronóstico.⁷

Este enfoque permite complejizar y ampliar la afirmación de Freud en 1916, cuando expresa que las neurosis narcisísticas no son analizables porque no hacen transferencia, para diferenciar con la mayor precisión posible, aquellos jóvenes que no se debe intentar analizar para evitar la iatrogenia y el riesgo de desencadenar crisis psicóticas, de aquellos otros que sí pueden beneficiarse. *En la transferencia se dan dos elementos*, a) la catexia libidinal de una imagen proyectada sobre el analista que el psicótico lo hace en demasía y b) una demanda al saber del Otro que se apoya en un encuentro sujeto-discurso (tanto con el propio como con el del Otro), encuentro que el psicótico no puede hacer. Planteaba Liberman: “cuando el análisis toma una falsa vía, va hacia un progresivo empobrecimiento al que benévolamente se llama impasse, cuando en realidad se trata de una interacción iatrogénica, así se produce entonces, un empobrecimiento mutuo tanto del analista como de la productividad del paciente”. (*Rev. de APA*, 1977, Nro 1, pág 39).

P. Aulagnier, (1977) en su intento de encontrar una vía de acceso a la relación del psicótico con el discurso que le permita acercarse a la experiencia analítica, ha repensado un modelo metapsicológico para comprender el psique-soma. En esta dirección, esta autora ha agregado un *proceso originario* a la metapsicología freudiana previo al proceso primario y secundario y es así que postula una fase anterior a la existencia de la fantasía que permite acercarse a la psicosis. Sostiene que las psicosis y las otras formaciones clínicas no son estructuras permanentes y destinos ineludibles, sino potencialidades.

Para la autora, la psicosis no es sólo efecto de una carencia o de una represión que no se ha producido, aun cuando ambas situaciones estén presentes. La tarea en la que el psicótico fracasa es la de construir, como todo sujeto una teoría de sus orígenes que le dé la posibilidad de insertarse en una temporalidad que no lo condene a vivir indefinidamente lo que vivió en el pasado.

Para el Yo, la esquizofrenia y la paranoia son dos formas de representar su relación con el mundo: al verse enfrentado con ciertas condiciones de arbitrariedad no le permiten compartir con el discurso social, una teoría sobre los orígenes.

Según P. Aulagnier (1986) la psicosis nunca es reductible a la

⁷ Las consideraciones de la práctica clínica las presentamos en otro artículo.

proyección de una fantasía sobre una realidad neutra. No es que falte la proyección fantaseada, pero se requiere un potenciamiento entre la fantasía y lo que aparece en la escena de la realidad para que se desencadene una psicosis. Por otra parte, así como el Yo no es un destino pasivo del deseo de la madre, la psicosis tampoco lo es. De allí surge la importancia que tiene en la teoría de Aulagnier el concepto de remodelación de las escenas fantasmáticas propias del proceso primario y el trabajo de interpretación y resignificación discursiva.

Una dificultad esencial para el analista es que, en el contacto con el psicótico se encuentra en una relación de reciprocidad, donde la ausencia de una presuposición compartida hace que nuestro discurso para él sea tan cuestionable y carente de poder de certeza como el suyo para nosotros. Ya D. Liberman (1970) afirmaba que en esos casos no se comparte el código, ambos discursos son análogos, simétricos. “Hay una perturbación del factor metalingüístico porque se sustituye un tipo de codificación por otra, en forma absolutamente arbitraria. Tampoco concuerdan los códigos en sus aspectos éticos y estéticos” (página 666). Muchos analistas los consideran inanalizables, ya que distan mucho de comprender y poder tomar en cuenta los propósitos terapéuticos de la relación analítica.

Para dilucidar los orígenes de esta dificultad, P. Aulagnier (1977) dice que es necesario abordar la paradoja de construir un modelo de una etapa preexistente, en la que la psique no ha adquirido todavía el manejo del lenguaje.

El psicótico no demanda nada y esto implica un juicio de no existencia del analista, de esta manera está configurada la situación analítica, más allá de que se hable o no, hay un veredicto de no existencia del transcurrir de cada sesión. El analista debe hablar para sentirse vivo, para poder seguir pensando, es una técnica de sobrevivencia en una relación sentida como amenazante para la propia vida psíquica de cada uno de los participantes, hablar es una prueba de vida para el analista. Esta forma de entender lo que pasa la lleva a considerar que es un error hacer interpretaciones transferenciales, tal vez llegue el momento de poder hacerlas, pero en todo caso sería un punto al cual se podrá llegar, no debe darse por sentado, porque el psicótico no puede separar al analista de las palabras que emite.

Liberman, desde su esquema referencial, recalca que estos pacientes presentan una perturbación básica en la época en que el desarrollo del pensamiento verbal es incipiente aún y, el niño tiene

que expresar sus necesidades por medio de movimientos corporales y de órdenes verbales como “dame”, equivalentes de la acción. Durante la crianza, las respuestas parentales fueron inadecuadas o inexistentes, ya que procedía de una figura narcisista (incapaz de realizar una reflexión previa que permitiese el sentido de la expresión del niño), o bien, con una ausencia de respuestas (padre emocionalmente alejado).

ANTECEDENTES DE LA EXPERIENCIA PUBERAL

Consideramos a la pubertad/adolescencia un proceso *intersubjetivo* donde referentes psicofísicos y psicosociales se conjugan, tanto por necesidad como por el placer de aprehender las experiencias emocionales. Así como para el *infans* es imprescindible la presencia del otro humano (generalmente la madre) para subjetivarse, desarrollar sus posibilidades, es también imprescindible para el púber el intercambio dialéctico con su medio tanto familiar como social, para que se dé algo inédito en su subjetivación: pasar a soportar sobre sí mismo y enunciar la definición de su posición sexual en el campo de lo simbólico (A. Aryan, 1999). De modo que no es un exceso afirmar que es la respuesta del otro, parental y social, lo que condiciona el daño psíquico, tanto en la infancia como en la adolescencia.

Para poder profundizar en esta dirección, nos referiremos aquí sólo a aquello que en la primera y segunda infancia falla y prepara un terreno propicio para la eclosión e instalación de un cuadro psicótico en la pubertad y la adolescencia. Tomaremos aquello que es necesario para la resignificación estructural del psiquismo y que si falta o está distorsionado desde la infancia, trae consecuencias psicóticas.

Por último, nos referiremos a aquellos púberes cuya desorganización de los códigos acaece temporariamente ante los cambios de la imagen corporal, y se manifiestan como traumatofilia, es decir, llevan a la escena exterior lo que no pueden procesar psíquicamente.

* * *

Jerarquizamos en la comprensión clínica lo que aportó P. Aulagnier en sus conceptualizaciones de sombra hablada (1977) (transgeneracional) y cuerpo imaginado (1963) por la madre, que en última

instancia remite al sepultamiento del propio complejo de Edipo de la pareja parental.

Muchos autores se han referido a la madre del psicótico. Aulagnier plantea que la madre del psicótico no es una mujer dominante, una mujer fálica. “Se trata de una mujer que ella misma es la ley. ... No conoce ni comprende la Ley... Lo que ocupa el lugar de la ley ... es su capricho.” P. Aulagnier (1963,1994, pág. 285 y sigs.) dirá: el único juego que conoce es el “éxito”, juego sin compañero y sin apuesta... será incapaz de insertar a su futuro hijo en cualquier clase de cadena simbólica... Habla de su embarazo como de un acontecimiento meramente fisiológico... aquello que más ausente está es el “cuerpo imaginado”. De hecho, el compañero al que apunta la madre con su autorevestimiento libidinal, no será “el cuerpo imaginado” del hijo, sino el cuerpo real de él, ese conjunto fisiológico-muscular que le proporciona la confirmación de su omnipotencia para fabricar un ser humano.

La madre trata a su hijo después de nacer acorde con lo que previamente imaginó sobre él. El cuerpo imaginado es entonces impuesto al bebé cuando nace. Gracias a esta imagen unificada e impuesta, el *infans* adquiere el primer soporte imaginario. El “cuerpo imaginado” por la madre es el “primer cuerpo unificado” que tendrá el sujeto en su historia personal. La adquisición o no de este logro, fundamental para la organización del psiquismo, es de donde partirán las condiciones de un posible devenir psicótico.

En la pubertad los cambios y novedades del cuerpo sexuado hacen sentir que el “cuerpo está extraño”, la fantasía con la que la madre esperó al hijo, fantasía que ella le impuso y él asumió, lo sostendrá para sobrellevar la angustia de sentir que su “cuerpo está deformándose” (dismorfofobias) o incluso desorganizándose y fragmentándose (delirios incipientes).

Pensamos que en la pubertad se reintensifican los procesos de estructuración primaria y secundaria con las particularidades acordes al momento vital, consistentes en nuevas exigencias sociales, con un presente a ser digerido y metabolizado y donde están simultáneamente presentes el pasado y el futuro en ausencia. Por esa razón, es pertinente suponer que los cuadros psicóticos no son sólo un despliegue de lo que ya estaba en los inicios, sino que situaciones nuevas de encuentro/desencuentro pueden igualmente presentar características similares a las primeras etapas (originarias y primarias) y desencadenar cuadros psicóticos sin que medien antecedentes que lo justifi-

quen. Ante cada novedad, comenzando por las que presentará el cuerpo erógeno, no se tolerarán los efectos de presencia porque insisten en su efectos de un otro extraño que no pasa de la línea percepción-inscripción no representable. Las fantasías que pueden interponerse entre el sujeto y una realidad funcionan como una interpretación causal al deseo del otro. Pero si esta fantasía primaria no logra desplegarse, el púber, por tener lenguaje pero no esta representación, se sentirá como enfrentando a un pictograma de sufrimiento y para poder sostenerse mínimamente recurre al armado de un discurso con causalidades delirantes, esta vez asignando a sí mismo, “nuevos orígenes” y otro cuerpo ya que si fracasa la mediación fantasmática, con seguridad se instala la potencialidad psicótica.

El procesamiento de cada encuentro, de toda vivencia, da lugar al mismo tiempo a un pictograma, a una puesta en escena y a una puesta en sentido.

Resumiendo, las tres formas del funcionamiento psíquico: originario, primario y secundario, son los intentos de representación psíquica de lo existente, tanto del mundo circundante, como del sí mismo.

Finalmente se destaca muy especial y reiteradamente, la importancia del carácter placentero o displacentero de las experiencias, porque el placer estimulará la tendencia a la aprehensión de la experiencia (creación de representaciones, investimiento y ligaduras bajo la égida de Eros), mientras que el displacer inducirá a su rechazo y denegación (desinvestimiento /Tánatos).

MATERIAL CLINICO

Claudio, de 20 años, empezó su tratamiento cuando era un púber de casi 14 años. Era retraído, un tanto hosco desde el jardín de infantes y también en la familia, con la convicción de que la madre prefería a su hermano mayor y que el padre era pasivo ante esta situación; pensaba que su padre sólo se interesaba en su profesión y un hobby personal, la lectura. Cuando me consultaron estaba cursando el segundo año de la secundaria donde había entrado bastante motivado, con la esperanza de tener un círculo social nuevo. Sin embargo, promediando el primer año súbitamente había vuelto a ser retraído, su hosquedad había recrudecido y, esta vez, se recluyó en su habitación. Su concurrencia al colegio se había tornado cada vez más difícil, llegando al borde de faltas con casi todas las materias reprobadas. A las sesiones faltaba poco pero casi no

hablaba esperando que le pregunte. Cada tanto tenía un relato explosivo para quejarse de los padres o de los profesores, y describía situaciones en las que decía que lo descalificaban, lo trataban con injusticia o era víctima de exigencias desmedidas. Otras veces se autorecriminaba cruelmente. Se quejaba también de compañeros, “todos chabones boludos y conchetos”, lo único que les interesaba era hacer “facha con ropa de marca”. No tenía casi amigos, cada tanto buscaba acercarse a alguno que pretendía que fuese exclusivo. Padecía de insomnio desde su infancia, pero ahora lo había erotizado, considerando su aislamiento nocturno en su cuarto como el único lugar y momento de satisfacción, ahí se sentía “creativo”. Había desarrollado una teoría acerca de los beneficios de la noche y los perjuicios de la luz del día y los ruidos de la calle que interferían (desplazamiento de los “ruidos” que le hacía en la cabeza la escena primaria). Cada tanto, comunicaba también haber tenido “una noche de terror”, pero sin detalles, sensación de confusión, miedos por haber escuchado alguna cosa en su ventana, a veces acompañado por la duda de si había visto algún ave nocturna posada allí. No quedaba claro si eran alucinaciones fugaces que él terminaba calificándolas de “ideas raras” o su “imaginación creativa”.

En el tercer año del tratamiento me confió lo que consideraba el comienzo de sus problemas que, según él, había sido en un preciso momento de sus 13 años cuando cursaba 1er año. Recordaba con resentimiento dos situaciones consecutivas de haber sido sorprendido y expuesto a la burla de compañeros de clase, que se explicaba con causalidad paranoide cuasi delirante y certeza apasionada. La primera sorpresa había sido cuando en la escuela se preparaba una gran fiesta que parecía un primer encuentro erótico entre los chicos y las chicas de su curso. La compañera más atractiva y codiciada del grupo lo elige para ir a la fiesta, en el recreo, adelante de todos. Los varones empiezan a hacer chistes subidos de tono, insinuaciones eróticas, burlas y desafíos. El cae en un estado de angustia, inquietud, desorientación porque no sabe qué pensar, cómo entender la situación. ¿Es posible que ella lo haya elegido a él? Debe ser una cargada, una conspiración para ponerlo en ridículo... No sabe cómo contestar, qué entender, ¿será que Vicky lo está usando para ponerlo celoso a Nico, el más canchero del curso al que ella quiere seducir de verdad? Esto le había producido una excitación dolorosa, desbordante y una certeza apasionada que le impedía dormir. Oscilaba entre no entender lo que estaba pasando en el colegio y una certeza paranoide de que lo tenían de punto. ¿Por qué se reían tanto los varones? ¿Por qué Vicky

parecía tan contenta? El día de la fiesta se aproximaba y la tensión le resultaba insoportable. Al llegar finalmente a la fiesta, la casa le pareció sospechosamente poco iluminada, con poca gente y empezó a temer “lo peor”. El se resistía a entrar pero Vicky insistía. En su recuerdo, sorpresivamente se prendieron las luces y todos los compañeros irrumpieron burlescamente “dando la bienvenida a la pareja”. Vicky muy divertida festejaba la situación. En ese momento tuvo “la evidencia”, “la certeza” de la complicidad de ella con los otros varones para burlarse de él.

Muy humillado y en pánico, había huido y se había aislado. Para comenzar el segundo año había querido cambiar de colegio, pero los padres no habían querido escuchar su pedido por considerarlo una más de sus extravagancias y terquedad. Promediando el año ya estaba por quedarse libre otra vez y los padres, impotentes ante su insistencia, habían optado por consultar.

Esta breve secuencia ilustra varios elementos fundamentales del peso que tienen por una parte el lenguaje necesario para articular el nuevo cuerpo erógeno sexualmente madurado y, por otra, el interjuego con el medio circundante que puede desencontrarse con ese lenguaje nuevo. La falta de figuración y representaciones adecuadas para cubrir este vacío, pueden ser rápidamente suturadas con puntos de certeza incuestionables.

El clima transferencial crónico de peligro implícito de quedarse libre en el colegio por faltas, o de volverse “loco” durante alguna noche de insomnio, es un reflejo del estado emocional de estos adolescentes. El temor mayor de estos jóvenes es de perder el control sobre sus sentimientos, pensamientos y actos en sus intentos de desidentificación; a quedar atrapados en un círculo vicioso estéril de rebeldía y proyección del sentimiento de vacío y desamparo, o sentirse pasivos y dependientes de sus necesidades y de los demás (Marucco, N.,1992); también de ser esclavos del tiempo y de las oportunidades. Este estado de sentirse y verse fuera de control los hace creerse, secretamente, raros o locos. Y su reacción ante toda situación de frustración, fracaso e impotencia es de odio desmedido y desesperación y ataque a sí mismos, a su cuerpo con sus nuevas necesidades o a los objetos externos, como forma de descarga vindicativa, así como de autocastigo.

ANTECEDENTES INFANTILES QUE PROPICIAN LA POTENCIALIDAD PSICOTICA

En un pasaje anterior dijimos que la fantasía de “cuerpo imaginado” que la madre impone al hijo al nacer, es el paso necesario en el psiquismo del *infans* para la constitución de su Yo como Yo especular. Es el narcisismo estructurante, el narcisismo de vida (A. Green, 1983) que permite la formación del Yo ideal por identificación con “esto impuesto” de la madre.

Los primeros encuentros madre-hijo deben darse con placer para que se constituyan pictogramas de encuentro. La ausencia del objeto o su inadecuación a predominio del displacer en esta experiencia, se traducirá en perturbaciones del funcionamiento de la zona representacional misma. Tomar dentro de sí o rechazar fuera de sí aquello que acontece y que de este modo se lo inviste o desinvieste.

En la psicosis faltan o están distorsionados los elementos que dan cuenta de la propia existencia así como del placer asociado. Se genera un pictograma de rechazo cada vez que el monto de displacer es excesivo, así se produce un vacío, un agujero representacional, que es marca de una carencia fundamental, una marca que no alcanzará a la representación. De este período pueden quedar heridas, cicatrices, que el sujeto padecerá aunque ignore el lugar o la razón por la que se produjeron. El Yo con mucho esfuerzo y muy activamente intentará poner palabras a experiencias pictográficas de rechazo y odio. Intentará una y otra vez representar estas marcas irrepresentables, pero fracasará, fracaso que puede manifestarse en alucinaciones corporales.

En este nivel pictográfico se establece la *potencialidad psicótica*. Es lícito pensar también que estas marcas no representables pueden expresarse en forma de acciones compulsivas (adicciones), sin motivo aparente o constituirse en nudos de enfermedades psicósomáticas o hipocondrías, ya que para el vínculo con el otro el cuerpo a ser significado es un pasaje ineludible, como ocurre en la pubertad.

Aparte de la necesidad de negar-rechazar el pictograma de rechazo, la otra encrucijada que viene a reforzar la *potencialidad psicótica* en la pubertad es el posicionamiento vacilante ante la escena primaria y la imposibilidad de establecer un polo de mirada asociado a ella. El *infans* al percibir las ausencias de la madre y el deseo que le atribuye como causalidad, ahora tiene que abandonar el lugar que había imaginado, ser centro de su universo y tiene que hacer teorías acerca

de ellas. La captación por parte del *infans* del placer de la madre en la experiencia compartida es de importancia esencial para que predomine Eros. Se implantará la ambivalencia y se hará innecesaria una disociación/negación. En cambio, las experiencias de rechazo no fomentan la adecuada fusión pulsional (Eros/Tánatos) y favorecen la descomplejización de la vida psíquica.

En esas primeras fantasías, al deseo de la madre se le atribuye una total omnipotencia y tanto el placer como el sufrimiento que se experimenta son atribuidos a su deseo. Por esa razón implican también certeza. La imposibilidad de representarse estas escenas, en pos de negar el rechazo de la madre, agregará *potencialidad psicótica* al pictograma de rechazo que se había instalado. Esta necesidad desesperante de negar el rechazo entorpece severamente la captación de la alternancia temporal de presencia-ausencia y la posibilidad de anticiparse a la reaparición, como primer acceso a la temporalidad. El efecto de esta dificultad en la pubertad es sentirse paralizado ante las situaciones nuevas y no poder ensayar nuevas formas de vínculo.

El displacer que ocasiona la aparición de un tercer lugar señalado por el deseo de la madre es mitigado, si se percibe un placer que fluye de la escena primaria y que permite imaginarse a sí mismo producto de ese placer y objeto del deseo de la pareja parental. Igualmente importante para el niño será poder imaginarse objeto del deseo del padre. Aquí se constituye un *polo de mirada* en el *infans* desde donde se fantasea expectante/espectador de dicho placer parental. La constitución de este polo de mirada es lo que permite posteriormente ser espectador de los propios sueños, posibilidad de la que carece el psicótico y a cambio desarrolla la función compensatoria de crear delirios porque cuando no se logra este clivaje, el sujeto queda “metido” en la escena y su ansiedad es confusional. El rasgo característico del encuentro con el padre reside en que no se produce en el registro de la necesidad. Esto permite al niño intuir que el padre aporta un goce ajeno al campo de la necesidad. También contribuirá a la capacidad de simbolización, al poner distancia entre la concreción e inmediatez de la sensorialidad que rige el campo de la necesidad y el campo del goce fantasmaticable.

Por ende también, todo aquello que en el cuerpo del hijo recuerde la aportación paterna será negado y anulado. La forclusión del nombre del padre tiene aquí su punto de origen. Mientras que para la subjetivación neurótica, el vínculo con el padre real precipita, como tercer lugar entre un padre, el padre edípico de la madre (el abuelo) y el padre

que en el futuro será el niño, en tanto su madre le desea que sea padre, esta dimensión no aparecerá en el futuro psicótico.

* * *

De modo que la plena vigencia de la fantasmaticización asociada al discurso articulado será lo que concierne al armado del pensamiento por el sujeto. Los temas a ser articulados serán la castración, el Edipo y la realidad. Este es el espacio psíquico donde advendrá la subjetividad con el establecimiento de la causalidad y la lógica del discurso. Surgirá el pensamiento como palabra proferida o pensada. Pensar es crear, nunca es un simple repetir.

Ya vimos que desde la primera fase de su actividad, la fantasmaticización instaura estos prototipos de pensamiento y se abre el camino hacia el signo lingüístico. La diferencia fundamental entre estas dos formas de funcionamiento es que lo primario se rige por el postulado de que la fuente y causa de todo es el otro primordial y su deseo omnívoro (del placer o displacer vivido, de la presencia o ausencia, de la voz escuchada o el silencio), mientras que en lo simbólico prima el discurso del conjunto. El niño traduce en una teoría pensable y decible los temas pictóricos, hace la realidad apta para la fantasía y su causalidad. Estas teorías imponen un nuevo estatuto a esas primeras puestas en escena que transforman las representaciones de cosa en pensamientos, que exige agregar a lo visible y a lo oído una interpretación causal.

Partiendo de una indiferenciación interior/exterior, el Yo se va desprendiendo de la exterioridad por identificación. Así el sujeto quedará estructurado *por* el lenguaje y de ahí su dependencia con respecto a la posición identificatoria que el discurso de los otros le asigna. Si jerarquizamos al otro constituyendo la subjetividad es conveniente hablar de un Yo-otro indiferenciado y no de un yo-ello indiferenciado. El Yo se constituye a partir de la apropiación de los primeros enunciados identificatorios de la madre y es así como adviene. Nosotros adherimos a esta posición y por esa razón pensamos que el concepto de la creatividad entre dos que aporta la teoría de las configuraciones vinculares nos resulta tan útil para la elaboración de lo posible en la potencialidad psicótica.

El Yo del niño, si bien es anticipado por la madre y se construye a partir de enunciados de ella, en un orden temporal y simbólico, es también una instancia identificante que hunde sus raíces en el mundo

fantasmático y pulsional previo a su constitución definitiva discursiva e ideica.

La tarea fundamental del sujeto es investir el futuro a partir de un trabajo permanente de historización. En la potencialidad psicótica no hay un compromiso que permita reconocerse como singular, pero miembro de un conjunto, efecto de una historia en una cadena generacional. A través de la palabra, el sujeto otorga significaciones y con su función de historiador se proyecta hacia el futuro y construye un pasado. No es un simple depósito de identificaciones, sino que construye permanentemente su historia libidinal y la temporalidad.

El sujeto muchas veces se niega el derecho de pensar, aliándose generalmente con un deseo materno que le niega tal derecho. Pensamos que es aquí donde debemos hacer el pronóstico de la potencialidad psicótica al indagar los puntos de certeza identificatoria en el sistema de parentesco y en el orden genealógico; y los términos con los que el sujeto define al afecto y que a través de ese acto de enunciación se transforman en sentimientos, palabras con las que el sujeto trasmite y se autocomunica su sufrimiento, alegría, odio, palabras en las que pone su capital fantasmático.

Cuando a un interrogante no se le puede fantasmaticar, lo que implica aportar una interpretación causal a una experiencia bajo la forma de una fantasía inconciente, surge el agujero representacional que sólo podrá llenarse con un delirio. El delirio se impone por la necesidad de una certeza que sólo puede ofrecer lo sensorial, el sujeto así obtura lo enigmático y lo conjetural.

El displacer en la constitución del polo de mirada que se constituye en referencia a la escena primaria, impedirá que la pulsión escópica se transforme en pulsión epistemofílica. No será posible pasar del placer y tranquilidad narcisística de ver, al placer y tranquilidad de elucidar las causas del placer. Porque no hay placer, sino displacer y sufrimiento. Umberto Eco (1997) plantea la idea de que lo que está bien hacer o lo que no se debería hacer, es decir una ética, proviene tanto de las propias experiencias corporales que tienen como base el sufrimiento ocasionado, como de la mirada del otro.

HITOS CENTRALES DE LA EXPERIENCIA PUBERAL

La experiencia de los cambios corporales y de la mirada del otro y la experiencia de los cambios del pensar y del tipo de pensamientos

son los dos grandes ejes alrededor de los cuales giran las primeras sacudidas de la entrada a la pubertad y los reajustes posteriores durante la adolescencia. Si zozobran los puntos de certeza identificatoria, el púber en el movimiento de desasimiento de los padres duda hasta de su filiación porque la exigencia desmedida de su Ideal del Yo infantil, no logra desplazar estas figuras hacia nuevos ídolos exogámicos y se encuentra con un vacío, no sabe a quién mirar ni por quién desear ser mirado, en ocasiones necesitará llenar este agujero con delirios mesiánicos hasta encontrar nuevos soportes que organicen la mayor complejidad en curso. Mientras tanto no podrá definir con claridad sus afectos ni palabras acordes al código social para transmitir a su entorno y auto comunicarse su sufrimiento, alegría, odio, palabras en las que conformen su capital fantasmático. Este es otro punto de cruce entre la potencialidad psicótica y la psicosis.

En lo referente a los cambios corporales, está por una parte, la tarea de significar todo lo físico-fisiológico (los caracteres sexuales secundarios) que produce la eclosión hormonal y las miradas y expectativas que convoca y, por otra, debe ocurrir algo inédito en la subjetivación: debe soportar sobre sí mismo la definición de su posición sexual, sea masculino o femenino y enlazarla a sus genitales. Esto es, el modo en que resuelve la cuestión de sus pulsiones en el campo del simbolismo. Este proceso exige la resignificación de todo lo infantil hasta entonces estructurado en torno a los objetos primarios.

La pubertad acarrea una economía “desequilibrada” porque al caducar los contenidos simbólicos infantiles del Superyo/ Ideal del Yo, se desligan las pulsiones y aparece un “más allá del principio de placer” que se presenta como repetición compulsiva: masturbación compulsiva, rituales. Pero al mismo tiempo se implanta un nuevo principio de realidad, el cuerpo sexualmente madurado y potente (experiencias deportivas y eróticas-bailar/apretar/tener relaciones sexuales). Esto implica una reactualización de las pulsiones incestuosas y parricidas. De modo que surge una paradoja que hay que enfrentar y que resulta “traumática”: ligar de nuevo las reivindicaciones pulsionales, pero esta vez constituyendo una sexualidad no incestuosa acompañada por sublimaciones; en caso contrario, será necesario refutar este nuevo principio de realidad (negar el cuerpo madurado).

Las distintas respuestas a esta paradoja son las patologías, desde las más leves hasta las más graves. Es aquí donde puede pesar la predis-

posición infantil previa y eclosionar la potencialidad psicótica. El precio será la desmentida de la representación del cuerpo sexuado potente. Esta “ruptura” (*breakdown* de M. Laufer, 1981) implica la desligazón y cuestionamiento de las bases mismas de la certeza identificatoria, implica también una conjunción de la desmentida y del clivaje por un lado, y de investimento masivo de un objeto externo por otro lado, lo que acarrea una excitación insoportable.

El pasado se diluye como tal y la propia historización se detiene. Cuando los duelos, tanto del deseo incestuoso y parricida como del cuerpo impúber se tornan imposibles, dejan al adolescente paralizado y la ausencia de elaboración depresiva cierra la vía de nuevos investimentos. La repetición de lo idéntico coloca al sujeto en situación de desorganización.

La defusión pulsional y por ende el recrudescimiento relativo de lo tanático, la inoperancia yoica para establecer ligaduras y la inadecuación temporaria del Ideal del Yo/Superyo, que ocasiona las confusiones entre lo posible y lo imposible y entre lo prohibido y permitido, hacen que el simbolismo sea muy poco operante y que “se suelte” y se ponga de manifiesto todo aquello que aún estaba sin significar. Si el cuerpo del niño no estaba adecuadamente libidinizado por la falta de placer de la madre tanto durante el embarazo como en la experiencia de la crianza, si por su desconexión narcisista no había sabido nominar los afectos de su bebé, razón por la cual el niño no pudo constituir en su fantasía el polo de mirada de sí mismo y fantasearse como producto del intercambio amoroso de la escena primaria, el púber no estará en condiciones de soportar la desidealización de la figura omnisciente de la madre primordial, ni de la pareja parental. Pueden aparecer fantasías omnipotentes de autoengendramiento junto con una certeza de que se ha venido al mundo con una misión especial.

El recrudescimiento relativo de lo tanático implica una búsqueda permanente del goce pulsional con inmediatez, búsqueda que trata de compensar por medio de la evacuación, el no sentirse unificado, sexuado y autónomo en la mirada de la madre, de sentirse rechazado por ella.

Si la madre sigue insistiendo en su poder adivinatorio de los pensamientos del hijo, al igual que en la primera infancia, el púber no podrá apropiarse de su pensamiento, sentir capacidad de tener secretos y privacidad. Pensará que tanto su cuerpo como sus pensamientos son transparentes a la mirada de la madre. P. Aulagnier (1976)

piensa que la renuncia de la madre a su propio poder adivinatorio de los pensamientos del hijo es tan importante como el descubrimiento de la diferencia de los sexos, porque hace, pensamos, a la diferencia yo-otro que es previa.

Todo esto hará imposible que el púber pueda pensar alguna causalidad de su origen que no sea delirante. La psicosis es la consecuencia de su fracaso para interponer alguna fantasía como interpretación causal entre él y una realidad que es causa de exceso de sufrimiento, como pueden ser la reiterada inadecuación primero y la ausencia caprichosa e inexplicable de la madre después. Ya en la infancia se dan experiencias de terror a las que el discurso de la madre no ha podido aportar una causalidad. Esto ha conducido a experiencias de desinvestimiento y la implantación de alguna causa de autoengendramiento, que provoca la pérdida del objeto como otro pensado. El delirio resulta como única posibilidad de hacer re-investible la realidad. De aquí los delirios místicos como origen o con la figura de padres superhéroes o extraterrestres como forma de darse una explicación del propio origen que esté lo más alejado posible de los padres reales, en realidad de la madre, fuente de experiencias de rechazo y odio.⁸

A modo de conclusión podemos decir:

La psicosis delata un triple encuentro fallido correspondiente a cada uno de los registros:

- 1) entre la realidad y lo originario, en el que predomina el pictograma de rechazo;
- 2) entre los signos de realidad y la fantasía, donde se desmiente la puesta en escena del placer, y
- 3) a nivel del Yo y el discurso identificante, se niega al Yo el derecho de pensar y encontrar un punto de certeza en el lenguaje fundamental.

La predisposición psicótica constituida desde la infancia, hace que en ocasión de los nuevos encuentros y vínculos, que deparan la pubertad y/o adolescencia, a veces no sea posible establecer, por la persistencia de la repetición de modos de significación y reacción

⁸ Los adolescentes marginales de D. Meltzer.

ante lo enigmático, nuevas maneras de tramitar el triple encuentro antes mencionado, para que no resulte fallido.

BIBLIOGRAFIA

- ARYAN, A. "La adolescencia: aportaciones a la metapsicología psicopatológica". *Psicoanálisis*. Rev. de APdeBA, vol.VII, n° 3, 1985.
- "El proceso psicoanalítico en la adolescencia". *Psicoanálisis*, Rev. de APdeBA, Vol.VII, n° 3, 1985.
- "Megalomanía, Imagen corporal y Déficit identificador". IV Jornadas de Adolescencia, Primeras Jornadas Abiertas del Laboratorio de Adolescencia de la Asoc. Psicoanalítica del Uruguay, 1° y 2 de octubre de 1999.
- "Aportes a la Comprensión de la Experiencia Puberal". *Revista de Psicanálise da SPPA*, Vol. XII, n° 1, 2005, p. 101-119. Hay versión en castellano en la biblioteca de APdeBA.
- ARYAN, A. Y MOGUILLANSKY, C. "Transferencia de latencia o fraternización de la transferencia". *Psicoanálisis*, APdeBA, vol. VIII, n° 3, 1991.
- "Dificultades del establecimiento de la transferencia en el análisis de adolescentes". Primeras Jornadas del Dept. de Niñez y Adolescencia de APdeBA, 1993.
- AULAGNIER, P. (1963) Observaciones sobre la estructura Psicótica. En *Un intérprete en busca de sentido*. Ed. Siglo XXI, México, 1994.
- (1976) El derecho al secreto: condición para poder pensar. En *El sentido perdido* Trieb. 1980.
- *La Violencia de la interpretación*. Amorrortu Editores. Bs. As., 1977.
- "Condenado a investir". *Revista de Psicoanálisis*. T. XXI, N°2-3, 1984.
- (1984) Los dos principios del Funcionamiento identificador: permanencia y cambio. En Horstein Luis et al: *Cuerpo, Historia, Interpretación*, Paidós, 1991.
- (1984) *El Aprendiz de Historiador y Maestro-Brujo*. Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
- (1984) "Fuentes somáticas y discursivas de nuestra representación de la realidad". *Niñez y Adolescencia*, N° 2, 1992.
- (1989) "Construir (se) un pasado". *Revista de Psicoanálisis* APdeBA, vol.XIII, N° 3, 1991.
- BARANGER, M. Y W.; MOM, J.M "El Trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud. Trauma puro, retroactividad y reconstrucción". Congreso de la

- IPA, Montreal, 1987. *IJPA* (1988) 69, 113-128. Libro Anual de *Rev. de Psicoanálisis* 1992.
- BERENSTEIN, I. Y PUGET, J. P. *Lo vincular*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- BLOS, P. (1962) *On adolescence. A Psychoanalytic Interpretation*. The Free Press of Glencoe, Inc. Versión en español: *Psicoanálisis de la Adolescencia*, 1971, Edit. Joaquín Morritz, S.A Méjico.
- *La Transición adolescente*. Buenos Aires, Assapia /Amorrortu, 1981.
- ECO, U.(1997) Cuando entra en escena el otro. En *Cinco escritos morales* 1998, Lumen.
- GREEN, A. (1983) *Narcisismo de vida narcisismo de muerte*. AE. 1986, Bs. As.
- GUTTON, PH. *Lo puberal*. Ed. Paidós, 1993.
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos p/una teoría sexual. *AE*, vol 7.
- (1906 [1905]) Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *AE*, vol 7.
- (1916-7) Transferencia. Conferencia 27. *AE*, vol 16.
- (1919) Lo ominoso. *AE*, vol. 17.
- (1930) El malestar en la cultura. *AE*, vol. 21.
- KAÉS, R. "Apuntalamiento y estructuración del Psiquismo". *Rev AAPPG* 1991 (1era parte) y 1992 (2da parte).
- Original: "Etayage et structuration du psychisme". *Connexions*, 44, 11-48.
- LAPLANCHE, J. *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. AE. Buenos Aires, 1989.
- LAUFER, M. Adolescent breakdown and the transference neurosis. *IJPA*, 1981.
- "El psicoanalista y el desarrollo sexual del adolescente". *Psicoanálisis*, Rev. de APdeBA, N°1, 1992.
- LIBERMAN, D. *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Buenos Aires, Galerna, 1970.
- "Sobre el componente musical del lenguaje en etapas avanzadas y finales del análisis. Consideraciones tecnico-clínicas y metapsicológicas." *Rev. de APA*. 1977, Nro 1, pág 39
- MARUCCO, N. "Identificación y afecto. Vivencias de vacío y plenitud". *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 1992, Nro 2, Paidós, Buenos Aires.
- MELTZER, D. *Los estados sexuales de la mente*. Bs As, Kargieman, 1974.
- *Seminarios de Novara*. Cuaderni di Psicoterapia Edit. Borla, 1982. También en *Adolescentes*, 2da Parte, Ed. Spatia, 1998.
- *Clastrum*. Ed. Spatia. 1994
- TORRES DE ARYAN, D. "La manifestación somática en el proceso psicoanalí-

- tico”, *Psicoanálisis*, Revista de APdeBA, vol.XV, n°3, 1993.
- “Subjetividad y cuerpo en la adolescencia”. Conferencia Dept. NyA APdeBA 2003.
- WINNICOTT, D. (1945) “Desarrollo emocional primitivo”. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, 3ra Parte, Ediciones Paidós, 1999.
- (1949)“La mente y su relación con el psiquesoma”. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, 3ra Parte, Ediciones Paidós, 1999.
- (1951)“Objetos y fenómenos transicionales”. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, 3ra Parte, Ediciones Paidós, 1999.
- (1955-1956)“Variedades clínicas de la transferencia”. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, 3ra Parte, Ediciones Paidós, 1999.

Asbed Aryan
Julián Alvarez 1049
C1414DRU, Capital Federal
Argentina

Delia Torres de Aryan
Julián Alvarez 1049
C1414DRU, Capital Federal
Argentina